

1º de Abril de 1939

Por Francisco Bendala Ayuso

Hace 85 años finalizaba oficialmente, con el último parte de guerra, el único firmado con su nombre por el Generalísimo en toda la contienda, la denominada por unos Cruzada de Liberación Nacional --los otros no supieron darle nombre alguno--, que durante tres años había enfrentado a los españoles irremediamente divididos por culpa de la enajenación que invadió a la mitad de ellos producto de la peor y más dañina de cuantas ideologías ha producido el hombre: la marxista-leninista y revolucionaria, sea en vertiente socialista o comunista; ideología, por cierto, que en ambas corriente vuelve hoy por sus fueros en nuestra Patria, actualizada en sus formas, con los mismos resultados que entonces. Aquel 1º de Abril terminaba también un largo periodo de decadencia y degeneración de nuestra historia, cuyo colofón fue, precisamente, el arraigo de dicha ideología y la consiguiente guerra, pues no de otra forma podía acabar lo uno y lo otro. Aviso a navegantes.

La guerra, fase última del proceso revolucionario, fue buscada y provocada con ahínco por esa España que había dejado de serlo por dejarse embaucar por los cantos de sirena voceados con insistencia por la entonces URSS, como medio de extender su Revolución y con ello su dominio del mundo, y que por distintas causas fue en España donde más arraigó, avanzó hasta llegar a esa última fase y pudo triunfar si la otra media España no llega a reaccionar enfrentándose a ella y, más aún, logrado vencerla plenamente incluso contra de todo pronóstico, lo que de todas formas sólo se consiguió con sangre, sudor y lágrimas; y es que los milagros nunca son gratis.

Ahora bien. Sólo lo que se hiciera después justificaría real y plenamente aquella reacción, aquella guerra, aquel sufrimiento de ambas partes y aquella victoria. Y eso es así siempre y en todo lugar, pero más aún en el caso español. Porque las buenas intenciones iniciales, no siempre acaban bien. Porque cambiarlo todo, para que todo siga igual no es de recibo nunca ni para nadie. Porque muchas veces se ha visto que se promete y luego no sólo no se cumple, sino peor aún, se hace lo contrario de lo que se prometió. Porque el lobo se disfraza de cordero pues no de otra forma podría conseguir sus objetivos. Porque el engaño y la mentira son la seña de identidad de los destructores del ser humano y de la Humanidad. Y porque la Historia tiene más ejemplos de ello que de lo contrario con independencia de lugares, culturas y épocas.

Poco antes de partir para Canarias, a donde Azaña enviaba al entonces Gral. Franco como forma de apartarlo de la península por reconocer en él a la única persona con talla suficiente para neutralizar sus planes y los de sus secuaces de toda clase y condición, el general se entrevistó con su amigo Víctor Pradera, posteriormente asesinado, manifestándole que, en caso de tener que intervenir, dado el deterioro evidente y acelerado del devenir de España en todos los órdenes, “no volveremos a la posición de partida”; expresión esta última propia de la jerga militar entendiéndose por “posición de partida” esa de la que sale una unidad para realizar un ataque o un ejército una ofensiva, quedando claro que, de tener que intervenir, condicional que demuestra que aún entonces Franco no estaba por la labor o al menos no lo tenía ni claro ni mucho menos decidido, como ya sabemos por otras vías, desde luego no sería para volver a esa España de la decadencia y degeneración de la que el siglo XIX era su máximo exponente, ese mismo que el propio Caudillo decía que “quisiéramos borrar de nuestra historia” y cuyo natural y lógico final iba a ser la guerra civil.

Pues bien. A la vista está que no se volvió a la “base de partida”. La España posterior a la guerra, incluso aún en medio de un mundo que colapsó con la II Guerra Mundial y más aún tras ella,

demostró con sus logros, muchos de ellos increíbles, que aquella reacción y más aún aquella victoria estuvieron más que justificadas, así como, y por desgracia, los sufrimientos inherentes, pues sólo hay que ver lo que les ocurrió a los países que cayeron durante décadas bajo el yugo marxista-leninista revolucionario para comprobar lo que le esperaba a España si el resultado de la guerra hubiera sido el contrario, así como también podemos aventurar sin temor a equivocarnos, que el mundo hubiera sido muy distinto si tras la guerra mundial España hubiera sido, también, parte de la URSS como lo fue, hasta nada más y nada menos que el final de la década de los 80, media Europa.

Más aún. Cuando hoy aún vivimos de las rentas de aquella victoria, de aquel no volver a la base de partida, de sus increíbles logros de todo orden, más justificada aparece aquella reacción y aquella victoria, bien que, para nuestra desgracia, está cada día más claro que los españoles volvemos a no aprender de nuestra historia y caminamos desde hace ya medio siglo largo a repetir lo peor de ella. Dios no lo quiera... o mejor decir que Dios no lo permita, porque parece que los españoles no sólo lo quieren, sino que lo anhelan.

--00--